

# LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA.

CON LA APROBACION ECLESIASTICA.

Y BAJO LA DIRECCION

DE ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

DICIEMBRE N.º 57 GRANADA. REDACCION Y ADMINISTRACION DARRO DEL CAMPILLO 15. AÑO V. 1879.

Se publicarán ocho números mensuales, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos apropiado para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.—Los pagos podrán hacerse directamente a esta administración, en letras del giro mutuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones pero solamente de veintate y cinco céntimos de peseta.—Suplicamos a los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia a que pertenece.—El precio de suscripción es el de dos reales mensuales en toda España, Ultramar y extranjero cuatro, franco de porte.

## Sumario.

El último gemido de Jesus, por María Hurtado.—Cristo en la Cruz, poesía, por José M. Guerra Ordoñez.—Calvario y Redención, cartas de tres hermanos, por Enriqueta Lozano de Vilchez.

## EL ÚLTIMO GEMIDO DE JESUS.

### I.

Jerusalén, distinguida matrona de Palestina, Virgen adorada del rey de las Parábolas, teatro memorable de los creyentes católicos, en donde se ha representado el doloroso drama de la muerte del Justo Hijo del Eterno: ¡yo te saludo!

Las singulares escenas de tu suelo, ya colmando a tus hijos de gloria y alegría, ya figurando en la historia cual tristísimos poemas de dolor y abatimiento, han sido desde mi primera edad mi lectura predilecta y el magnífico ideal de mis constantes sueños.

Por eso anhelé siempre verte, ¡oh reina de Oriente! ciudad escogida para conservar la memoria del nombre eterno de Dios, pero ya no veré en Tí la opulenta amazona que llenaba de ale-

gría el impresionable corazón del Amado del Señor.

Tu especial grandeza ha pasado como la leve arista que arrastra el viento, porque tu matabas a los profetas de Dios, y por último sellaste tus maldades sacrificando a su Unigénito Hijo sobre la cima de tus montes.

Tú cometiste un Deicidio terrible, y los castigos del Cielo pesan sobre tí como una eterna maldición.

Tus magníficos edificios de mármol y de cedro se han convertido en un promontorio de ruinas, pero estas significan para mí mucho más que tus soberbios palacios, y por eso impulsada por tus grandiosos recuerdos, me traslado hasta tu suelo envuelta en los impalpables y misteriosos velos de la meditación.

Mas dime, ¿que significa ese movimiento general de tus hijos, ese ruido atronador que se extiende por todos los ámbitos de tus calles?

.....

Un hombre joven aun, soberanamente hermoso, magestuoso como los cedros del Líbano, camina con lento y fatigado paso por las calles de Jerusalén, inclinando su esbelta y gallarda talla bajo el peso de un enorme madero, que en forma de Cruz gravita sobre sus hombros heridos.

Su bella frente, resplandeciente un día de luz



divina, se vé ahora traspasada por una corona de espinas punzadoras.

De su hermosa y dolorida cabeza penden mil hebras de roja sangre que eclipsan la mirada de sus grandes ojos garzos, cuya suavísima luz había sido el consuelo de tantos desgraciados; y sus purísimos labios se agitan de vez en cuando modulando algunas palabras llenas de amor y perdon, y que á su tiempo deben producir la eterna salvacion de los que piden su sangre.

«Jerusalén Jerusalén, esclama: cuántas veces quise acogerte bajo mi proteccion, como la gallina congrega á sus polluelos bajo sus alas, y tú «no lo has querido! ¡Oh! si hubieses conocido el «día de tu visitacion.»

Pero el insensible Pueblo que le sigue, se cuida muy poco de su porvenir, y toda su atencion está fija en la pacientísima víctima que conduce al suplicio, y en medio de los sarcasmos y de las burlas sangrientas con que sus desventurados hijos pagan su amor infinito, Jesus sigue repitiendo con el delicado acento de la brisa vespertina. «Perdónalos, Padre mio, no saben lo que se hacen!»

Y por una parte Jesus implorando el perdon de sus enemigos, y por otra estos impulsándole brutalmente á proseguir su penosa marcha, llegan á las cúmbres del Gólgota en la cual debe morir por los pecados del mundo.

## II.

Algunos dias hacia, que al entrar el divino Jesus en la Ciudad santa, había sido recibido entre entusiastas aclamaciones de gozo y alabanza; dia en que las hijas de Sion corrieron á colocarse sobre los muros de Jerusalén para verle pasar en medio de una multitud de gentes que le bendecian y amaban, aclamándole al par por su Divino Libertador, é Hijo de David y Mesías prometido.

En este dia dichoso las ricas vestiduras de los hijos de Judá le habían servido de alfombra y miles de ramos de palma y de laurel habían adornado su carrera triunfal.

Han pasado cinco dias, y en tan corto espacio de tiempo se ha convertido (apesar de haber vivido durante este corto periodo como siempre) en un miserable hijo del pueblo, en un profeta mentido que seduce á las gentes sencillas, en un conspirador en fin, que usurpa el nombre de Dios y los tributos del César.

¿Qué es lo que ha hecho Jesus, que en tan breve espacio de tiempo ha sufrido tan terrible trasformacion?

¿Por qué hace poco era tan ensalzado y ahora es tan abatido? ¡Triste condicion del hombre, víctima de la inconstancia y de la inconsecuencia mas funesta!

Desgraciada condicion, repetimos de la raza humana, que sin poder explicárselo ella misma, pasa con frecuencia de la alegría á la tristeza, de la mansedumbre á la ira, del aprecio al desprecio, y del amor al odio, aborreciendo hoy con furor lo que ayer amó con locura, expuesto á vituperar mañana hasta la degradacion lo que ahora alaba y eleva en apoteosis.

Séres ilustrados y decrépitos que habeis recorrido los diferentes escaños de la esfera social, explicarnos, si podeis, el cómo se efectua esta metamorfosis del corazon humano.

## III.

Pocos momentos despues de haber llegado á la cima del Calvario, el Hijo de Dios, crucificado ya en la cruz, era levantado en alto para cumplir las profecías que Él había enuniciado antes de morir (1.) *Y cuando Yo seré levantado en alto todo lo atraeré á Mí.*

Los príncipes de los sacerdotes no satisfechos aun de la venganza que acababan de ejecutar en su inocente víctima, con la mirada insolente y al frente de la cruz, insultaban al Señor de una manera mordaz, feroz, insensata.

El astro del dia brillaba con todo el magnífico esplendor que le es propio al hallarse en mitad de su carrera, cuando de pronto, y como si se avergonzase de presenciar el horroroso crimen que se perpetraba en la tierra, retiró de ella sus resplandecientes y brilladoras miradas.

Una luz opaca y sombría, tan sombría como la conciencia de los enemigos de Dios, se extendió cual denso velo sobre la tierra, llenando de pavor á los numerosos espectadores de la tragedia sangrienta.

Cada frase que se desprendia de la purísima boca del Martir divino, caía como una gota de plomo derretido en el corazon de sus feroces verdugos.

Por fin sonó la hora en que segun los decretos de la voluntad eterna, debía espirar en la tierra el Salvador de los hombres.

Las últimas palabras brotaron de los contraídos é incoloros labios de Jesus, y exhalando un sonoro y prolongado gemido espiró.

(1.) Evangelio de san Juan, capitulo XII. versículo 32.



La redención del hombre quedaba terminada; Dios acababa de morir en una cruz por salvarle.

## IV.

Al poderoso estruendo del gemido del Salvador, el velo que cubría el Sancta Sanctorum, se dividió en dos partes, un estremecimiento terrible conmovió los ámbitos del monte santo, las piedras saltaron de su lugar fraccionadas en mil pedazos, y la tierra abriendo sus anchas bocas evocó de su seno multitud de espantosos espectros, que envueltos en blancos sudarios vagaban por las calles de la ciudad maldita como otras tantas pesadillas que gravitaban sobre el podrido corazón de los enemigos de Dios.

Su último gemido fué á clavaras cual mortífera zaeta en el alma de sus endurecidos verdugos, y el numeroso concurso que había presenciado la catástrofe divina, al par de los terribles efectos del cataclismo que experimentaba la naturaleza por la muerte de su Hacedor, exclamó con un grito de dolor indefinible «verdaderamente, este era el Hijo de Dios y le hemos muerto.»

Y uno tras otro con el semblante alterado y el corazón oprimido, fueron abandonando el pavoroso monte donde se había consumado un atroz Deicidio.

Algunos momentos después, en el monte del Calvario solo se percibía un suspiro intenso y doliente como un gemido de amor casto y puro que se desprendía del alma de una Mujer que se hallaba todavía sobre su horrorosa cumbre.

Era María, la blanca Estrella del Mar, cuya belleza eclipsada bajo las espesas sombras de su dolor sin ejemplo, ocultaba la clara luz de sus rayos bajo el tristísimo velo de su infinita amargura.

## V.

Mientras que esto sucedía en la tierra, en el infierno se efectuaba una batalla terrible. El ángel maldito que desde el día en que nació Jesucristo había seguido todas sus pisadas, esperaba también en este día los ruidosos acontecimientos que tenían lugar en el suelo de Palestina,

Los compañeros de su soberbia y de su iniquidad rodeaban á su jefe que de pié, inmóvil como un fantasma horroroso, se hallaba en el centro del abismo, dirigiendo en torno de sí miradas amenazadoras.

En la mano izquierda sostenía una formidable cadena, y en su diestra ostentaba una espada de fuego que despedía de sí un resplandor rojizo y pavoroso como un eterno tormento.

Un gemido prolongado, conmovedor, hizo bambolear las columnas del abismo, y al potente efecto de su impresión, los espíritus infernales cayeron envueltos en las llamas de su fuego inextinguible.

En seguimiento de este eco aterrador apareció en mitad del tenebroso espacio un bellissimo joven envuelto en nevada túnica vibrando con magestuoso ademán sobre la cabeza del ángel de las tinieblas una blanca y afiladísima espada de dos cortes.

Traía su blanca frente apenas velada con una diadema de riquísimos diamantes, bajo la cual se destacaba una rizada madeja de finísimos cabellos, rubios como el oro de Tarsis.

Su ideal y hermosa cabeza, se veía aureolada de dorados resplandores, á través de los cuales podían leerse las siguientes palabras gravadas con blancas letras: *La humanidad se ha libertado.*

Cuando el príncipe del abismo leyó esta inscripción, la espada tenebrosa se desprendió de su diestra con estrépito infernal.

Al mismo tiempo la espada poderosa del Ángel de la luz, cayó con el estruendo del trueno sobre la gruesa cadena que aún pendía del vacilante brazo de Satanás, haciéndola mil pedazos al impulso de su choque.

Este Ángel imponente y magestuoso, era la representación personificada del amor divino, á impulsos del cual Jesús lanzaba sobre la tierra su último suspiro por redimir al hombre del pecado original, figurado en la espada de fuego del ángel de las tinieblas, y la espada de dos cortes no era otra cosa que la doble representación del último gemido de Jesús, y de la santa doctrina que llena de fuerza y vida brotaba al pié de la Cruz para la dicha del hombre, y para dulcificar sus costumbres y moderar sus pasiones hiriendo y debilitando de este modo el poder del infierno, significado en la pesada cadena del tirano infernal.

Por eso el ángel de la soberbia al leer la inscripción de blancas letras; al ver su cadena idólatra fraccionada en cien pedazos por la espada del cielo, cayó desplomado sobre las voraces llamas exclamando con un ronco lamento: Era



Dios..... mis temores se han cumplido he sido derrotado..... (1.)

Y en tanto que el cielo con su luto, y la tierra con su llanto, y el infierno con espantosos rugidos confiesan la divinidad del Ser exelso que acaba de espirar, las puertas del cielo se abren para dar paso á la humanidad desterrada.

## VI.

Han pasado diez y nueve siglos, y el último gemido del Martir de la cruz retumba con dulces ecos en todos los extremos del Universo católico.

Su postrimera nota, purísima, sentimental, delicada como un gemido de amor, resuena todavía en lo mas recóndito del alma verdaderamente cristiana.

En vano la devastadora mano del tiempo con el que todo se olvida, ha pasado sobre él. En vano la gritería del incrédulo ha querido apagar este acento divino; en balde la indiferencia del filósofo esceptico ha pretendido hacer pasar desapercibida la profunda y delicada impresion de este gemido amoroso, de este destello sublime del amor santo de Dios; porque el hombre le recuerda todavia le siente resonar en el centro de su alma, le conserva con avidez en el fondo de su pecho, y la sociedad entera le percibe, le penetra y lo siente circular dentro de sí á través de su incredulidad esceptica, de su indiferencia glacial y de sus mentidos sofismas

Si Jesucristo, el Redentor del género humano, fué tal como nos lo representan los incrédulos, un loco imbécil, un miserable fanático y un impostor ambicioso; ¿cómo es que el recuerdo de su muerte dolorosa no se ha borrado todavia del corazon de la raza humana?

¿Cómo es que, no solo no se ha borrado, si no que se conserva de una manera ferviente, viva y poderosa en el pensamiento del hombre?

Y no se diga que el recuerdo doloroso del Mar-

tir divino de la Cruz, se conserva solo en la memoria del católico, sino que existe tambien de una manera tenaz y vigorosa hasta en el pensamiento del incrédulo que lo niega (Puesto que al negarlo confiesa que lo recuerda) y del filósofo que lo desvirtua, puesto que al anteponer á este hecho sus multiplicadas apreciaciones, dá á entender que recuerda y se ocupa de una cosa que no cree haya existido sino en las ideas del fanatismo.

¡Terrible aberracion, loca y ciega necedad de la soberbia humana!

En verdad que muchos reos fueron crucificados antes que el Hijo de Dios sobre la cima del Golgota, y sin embargo ninguno de ellos se adquirió ni se ha conservado un renombre y un recuerdo tan constante y glorioso como Jesus, el humilde Galileo, el hijo de María

Esto, por mas que el impío niegue, no deja de ser un testimonio grandioso que hace un honor inmenso á nuestras santas y regeneradoras creencias.

Verdaderamente el hombre, aunque sea rico, aunque sea sabio, aunque ocupe elevados y deslumbrantes destinos, pasará, sin que apesar de su sabiduria y de sus honores, deje tras sí un débil recuerdo de su existencia; en tanto que el último gemido del Cordero del monte santo, sobreponiéndose á la algarazara del filósofo, y la negacion del impío, atraviesa todas las generaciones y llegará hasta la eternidad, flotando sobre las corrientes corrompidas de la indeferencia y el escepticismo de la moderna sociedad, como el arca de Noé sobre las aguas del diluvio.

Y el infierno recordará siempre con terror la muerte de Jesus que con su último suspiro, arrancó de su mano la desolada víctima de la esclavitud: la tierra celebrará con lágrimas la catástrofe sangrienta del Calvario, y los escogidos de Dios pensarán con entusiasmo en medio de su gloria, que la deben al amor infinito de Jesus, que por salvarles quiso exalar su último gemido en una Cruz afrentosa.

MARÍA HURTADO.

(1.) Hemos descrito en sentido ligeramente poético, la redencion del género humano, porque creemos que en nada afecta á nuestros dogmas sagrados.



## CRISTO EN LA CRUZ.

ODA

Clavado en una cruz, entre ladrones  
al Salvador se vé: su pura frente  
que adoraron los magos del Oriente  
y las bastas regiones  
donde llegan los cedros á las nubes;  
esa frente, que miles de querubens  
en Belen contemplaron con ternura  
entonaudo el ¡*Osanna!* desde el cielo,  
ensangrentada está; tupido velo  
de empolvado sudor mancha su albura.  
Una informe corona de maleza  
se ajusta á su cabeza  
desgarrando sus sienes soberanas,  
en tanto que una turba maldiciente  
que se agita en redor, lanza rugiente  
á su rostro sin par, frases villanas.  
¡Miserables, atrás! atrás malditos  
que contaís por millones los delitos  
y quereís castigar al ser mas santo  
que en su inmensa estension el Orbe encierra;  
al ser que ha descendido hasta la tierra,  
á enjugar con su sangre vuestro llanto.  
Jerusalen, Jerusalen deicida,  
vuelve en tí, no prosigas; no, detente!  
vé que al que quitas sin piedad la vida  
aunque no fuese Dios, es inocente;  
vé que Cristo es Mesías! así humilla  
ante su faz augusta la rodilla,

Ciego el pueblo, la cruz santa rodea  
y le escupe, le insulta. le escarnece;  
cual, con furia insensata le apedrea,  
cual, en ver sus tormentos se embevece,  
cual le dice, frunciendo el torbo ceño  
*«Si eres Hijo de Dios, baja del leño»*  
A tanto insulto, á tan innoble saña,  
el Cristo Salvador alza la frente  
y de sus ojos el mirar doliente,  
que triste lloro de pesar empaña,  
dirige al puro cielo  
y con sentido y paternal anhelo,

al Eterno suplica... nó clemencia  
para su rudo padecer cuento,  
lo que pide á su padre es, indulgencia  
para los mismos que le dan tormento!

¡Oh escelso Dios! En el pensar humano  
no cabe el comprender tanta ternura  
para los seres que te dan tortura  
con injusto rencor fiero, é inhumano.

¡Contraste singular! Mientras el hombre  
mas y mas le atormenta y escarnece,  
el mundo conmovido se estremece,  
el sol su disco oculta,  
su espantoso rugir dobla el torrente,  
el viento se desata,  
en el mar insondable se sepulta  
y sus aguas en trombas arrebatadas:  
ni murmura la fuente,  
ni las flores exhalan sus aromas,  
ni el ave trina oculta en la espesura.  
ni en los cedros arrullan las palomas:  
todo muestra terror, duelo, pavora.

Hubo un punto, en que Dios sintió su aliento  
por instantes menguar, y con acento  
que revela cercana la agonía,  
á los cielos mirando *«Padre,»* dijo:  
*«todo ya terminó... muere tu hijo...  
en tus manos... entrego el... alma mía.»*

Las sombras por el mundo se estendieron,  
los montes con los montes se chocaron,  
las tumbas y sepulcros se rompieron,  
los vientos y los mares rebramaron  
y el Orbe conmovido á un tiempo solo,  
se le vió retremblar de polo á polo.

¡Oh! Bendito Señor tu Santo nombre!  
tu vida por el hombre  
entre mil sufrimientos has perdido;  
con tu muerte sus almas has salvado  
y aunque tanto has sufrido,  
en lugar de mirarnos indignado  
en tu accion sin ejemplo te recreas!  
Soberano Jesus ¡Bendito seas!

José M. Guerra Ordoñez.



## CALVARIO Y REDENCION.

### CARTAS DE TRES HERMANOS.

Fabian de Ossorio á su hermana María.

Permite, hermana mia, que mi primer saludo sea una lágrima, una lágrima que arranca de mi pecho, no sé si el pesar ó la admiración que me inspiras.

Ya sé que has escrito á nuestra madre, ya sé que al participarla tu entrada en el claustro la dices que hoy que nada vá á faltarla, hoy que su porvenir vá á cambiar y no necesita ni cuidados ni sacrificios, cedes á tu ardiente vocación, no resistes ya á la voz que te llama, y abandonas un mundo que no tiene para tí encantos ni atractivos. Ya sé, ya sé que has revestido á sus ojos tu sacrificio con los colores mas fáciles y hermosos, y cuando al terminar la carta en que nuestra madre habla de todo esto me decia, «Es una santa» yo que he visto tu corazón abierto á mis ojos como un libro, he dicho con la mas profunda combicción, es una santa, sí: pero es tambien una martir.

¡Oh! apenas me atrevo á hablarte de mis esperanzas, de mis dichas, á tí que todas las has perdido sobre la tierra, pero tu deseas que te lo diga todo, y una palabra tuya es una orden para mí.

Dentro de breves dias Angelina será mi esposa; será mi esposa, y con este dulce título podrá guarecerse en mi corazón de las tempestades de la existencia.

Angel bello y doliente cuyas blancas alas no han rozado aun las cenagosas aguas del mundo, podrá bendecir á Dios á mi lado y entonar un himno á su bondad. Flor modesta y sencilla á quien un ligero soplo de la brisa hubiera podido deshojar, cobijada por el fuerte roble, podrá desplegar sus hojas y derramar en torno sus perfumes.

Me preguntarás, María, como ha sido todo esto y yo voy á explicartelo en breve, seguro de causarte una gran sorpresa y una profunda admiración.

¿Sabes quien ha allanado los últimos obstáculos, sabes quien á vencido los últimos inconvenientes

para que se realice mi boda? ¡Oh! estoy seguro que jamás lo podrias adivinar.

Hasido, pues, Valeria, Valeria que en medio de su soberbia y de su orgullo, que tantas faltas le ha hecho cometer, y por las cuales todo lo hubiera sacrificado, tiene un alma grande, una de esas almas gigantes dispuestas á todo, capaces de todo, y que con el mismo ardor se lanzan al mal, cuando el impulso de sus pasiones las guia, comose consagran al bien, cuando un sentimiento elevado y noble se hace dueño de ellas.

Y no creas que es el temor lo que ha decidido á Valeria á obrar del modo que lo ha hecho: no: ella no teme, ella no se acobarda por nada: es tan indomable como arrojada y jamás cederia á la presión y á la fuerza.

¡Oh! María, me admira lo que esta muger hubiera podido llegar á ser, dirigida por el camino de la virtud, encaminada por la senda del bien.

A la mañana siguiente de tener en mi poder la infame carta cuya copia te mandé, hice saber á Valeria por medio de una de sus doncellas, que deseaba hablarla algunos instantes sin testigos.

Sin duda aquella muchacha creyó que se trataba de otra cosa, pues me miró sonriendo y me dijo con aire misterioso.

—Creo que la señorita accederá á su deseo, y voy á cumplir su encargo.

Algunos momentos despues venia á anunciarme que su señora me esperaba.

Latiéndome el corazón con una violencia terrible, penetré en la habitación de Valeria, que se hallaba reclinada en un sillón, envuelta en un peinador de muselina, menos blanca quizá que sus mejillas en aquel instante.

Las trenzas de sus negros cabellos circuián su cabeza con negligente descuido, y puedo decirte que estaba hermosa, tan hermosa que casi podia comprenderse la pasión con que dominaba al infeliz Julio.

Gracias al cielo, mi corazón está tan lleno de la dulce y pura imagen de Angelina que nada en el mundo es capaz de conmoverle.

Así es que pude arrostrar sin peligro aquella entrevista y me presente á Valeria sereno ya y dueño de mí.

Ella al verme aparecer sonrió de un modo dulce y me dijo señalándome una silla á su lado.

—¿Desde cuando necesita V. pedir una audiencia en toda forma para llegar hasta mí?

¿Por ventura no he estado siempre dispuesta á recibirle con la confianza de una amiga?

—Es verdad; perdone V. pues Valeria, respondí, si la gravedad de las circunstancias me ha impulsado hoy á usar otras formas que las que he seguido hasta ahora.



—La gravedad de las circunstancias? exclamó con un tono que no dejaba lugar á dudar de su admiración; no comprendo.... hable V. pues.

Vacile un instante: no sabia como abordar aquella cuestion, muy difícil á la verdad.

Al fin adoptando una resolución,

—Vengo, la dije, á pedir á V. un consejo.

—Un consejo á mí? ¡Oh! eso me llenaría de orgullo sí....

No acabó la frase y prosiguió con lentitud.

—¡Oh! hable V. ya le escucho, y le escucho con impaciencia.

—El caso es.... el caso es, empecé yo á decir lentamente, el de una pobre niña á quien un hombre honrado quiere salvar de un gran peligro que la amenaza.

Valeria palideció mas densamente aún, y fijó en mí sus ojos de una manera investigadora y terrible.

—Continúe V, murmuró con voz mal segura. continúe V.

—Mi amigo.... porque es un amigo íntimo, tiene en su poder armas terribles con que luchar y vencer:

—¿Armas terribles?

—¡Oh! sí, mucho. Dios sin duda las ha puesto en sus manos de una manera tan providencial como estraña, y en el instante mismo en que otro las esperaba.

—¡Hal! exclamó Valeria con intencion; y ese otro....?

—Las aguardó inutilmente por algun tiempo, las buscó despues con afán y no explicandose aquel hecho fué... es aún tal su desesperacion, que está enfermo y enloquecido.

—Prosiga V. creo comprenderle: dijo Valeria resueltamente, y esas pruebas....

—Bastarían á perder.... ó al menos descubrir los secretos de una muger que vale sin duda mucho, pero que se ha dejado llevar de un instante de extravío, de alucinacion tan solo.

Valeria me habia entendido perfectamente, su semblante lo revelaba bien claro.

Frunció las cejas, sacudió su hermosa cabeza, echando hacia atrás con un movimiento arrogante sus abundantes cabellos, y fijando en mí una mirada soberbia.

—¿Conoce V. lo bastante á esa muger con quien pretende luchar, caballero?

—¡Oh! sí, la respondí, quizá mejor que ella misma.

—¿Mas que ella misma?

—Lo repito, señorita, lo repito; la he estudiado lo bastante para saber que es capaz de mucho bien, de las mas grandes acciones y los mayores sacrificios. Es una de esas naturalezas poten-

tes que todo lo dominan, que lo avasallan todo: que sintiéndose mas grandes y mas inteligentes que los demás, gozan en vencer los obstáculos, viven complaciéndose en la lucha, porque están seguras de sus poder y saben que han de vencer siempre.

Valeria me miró de un modo estraño, en sus magníficos ojos se reflejaban los sentimientos de su alma.

Parecía que una nueva luz pugnaba por abrirse paso á través de las tinieblas de su pensamiento.

—¿Lo juzga V. así? me preguntó con acento anhelante, lo juzga V. así.

—Se lo juro á V. señorita, exclamé con voz solemne. la creo capaz de tanto bien, que no tendría inconveniente en confiar mi suerte y la de la persona que mas amase en sus manos.

—V....?

—Sí, porque yo la diría, «La muger que sabe vencerse así misma es la mas grande de las mugeres! la que sabe enmendar un momento de horror, borra para siempre todas sus faltas, y se sublima hasta un extremo que solo Dios puede avalorar.» Yo la diría tambien, yo la diría, «señora, si hasta aquí ha podido V. jugar con la suerte de una criatura indefensa, hoy está V. obligada á resarcir con su proteccion y su apoyo el daño que ha podido hacerla. Si hasta hoy se ha complacido en inspirar un sentimiento tan ardiente como desgarrador, tiempo es ya que la compasion ceda á la fria indiferencia, al cálculo refinado: tiempo es ya de remediar el mal, y de convertir en germen de bien y virtud toda la enerjia, todo el valor que Dios á puesto en su alma: tiempo es ya de dar la paz á una niña infortunada, y la vida á un hombre que está proximo á morir quizá, consumido por un amor sin esperanza.

—¡Oh! Fabian, Fabian, ¿y si esa muger tuviera á su vez torturada el alma, si sintiese crecer en ella impetuosa y ardiente la llama de una pasion que absorbiese sus sentidos, que llenase su corazon y la dominara por completo, ¿se atreveria V. á pedirle que salvase á ese hombre y que diera la dicha á esa otra muger que se ha interpuesto en su camino?

—¡Oh! entonces mas que nunca, la respondí sin vacilar porque el verdadero amor, el amor, grande, puro y digno eleva el alma y la predispone á los mas nobles sacrificios; porque un alma que ama, puede comprender todos los tormentos que sufre el que jime sin esperanzas y está pronta sin duda á calmarlos, y á esperar el premio de su abnegacion en el aprecio y la consideracion de aquel ser por quien diera su vida



—En el aprecio! en la consideracion!

—Valeria, el amor solo puede inspirarlo Dios! sentimiento espontáneo, nace en el corazon, como la flor nace galana en medio de los campos, y vive en él sin que podamos explicarnos la causa de ello. Ora sea manantial claro y sereno, ora impetuoso torrente, nosotros no podemos crearle á nuestro antojo, ni formar la nube, que deshecha en lluvia, acrece hora por hora su caudal. ¡El mas activo é inteligente marino podrá dirigir el buque en medio de los mares, pero no podrá extinguir la borrasca que lo combate!

—Entonces.... murmuró ella, ¿qué harémos cuando llene nuestro pecho una pasion inextinguible?

—¡Hacernos grandes por medio de ella! purificar en su llama como en un brillante crisol, una vida entera de error y de egoismo y de indiferencia.

Valeria se cubrió el rostro con las manos y vió que una gota de llanto se deslizaba entre sus dedos.

¡Oh! sin duda en aquel instante se libraba en su alma una lucha terrible, lucha de la cual aquella muger podia salir regenerada.

Yo la conozco bien, ya te lo he dicho, su mismo orgullo favorecía mi intento en aquel instante, pues una vez lanzada al camino del bien, estoy cierto que no hubiera permitido que ninguno la aventajase en generosidad y en heroismo.

Comprendí al ver su agitacion que aquel era un momento decisivo; uno y otro nos habíamos explicado perfectamente, y quise jugar el todo por el todo y terminar de una vez aquella situacion.

Saqué de mi bolsillo la carta que llevaba en él, y poniéndola en su mano con ademan resuelto.

—Valeria murmuré, como dije á V. antes, han querido perder á una jóven tímida y desvalida, y yo suplico á V. que la salve de sus enemigos.

Un velo de purpura cubrió la frente de Valeria.

Miró aquel papel, y sin preguntarme como habia venido á mi poder, pues acaso lo habia sospechado ya.

—Gracias: me dijo, rechazándole suavemente gracias, conserve V. ese escrito, y yo misma, iré á reclamarlo, cuando esté asegurada la suerte de Angelina: esos renglones son una garantía para V.

Entonces rasguéla carta en mil pedaces arrojándolos con desprecio.

—¡Gracias! volvió á repetir, yo le probaré á V. que sé tambien ser digna y grande. Esta tarde volverá Angelina, y ella misma....

—Angelina debe ignorar siempre lo que ha pasado. La pobre niña ama á su hermana, desea ser amada por ella, ¿que mas se puedo anhelar?

—Es verdad! tiene V. razon!

—Y mañana, cuando protegida por su hermana vea sin una sola nube el horizonte de su porvenir, el Marqués de Alba-luz vendrá á pedir su mano, y yo ruego á V. Valeria que proteja esta peticion.

—¿El Marqués de Alba-luz? ¡V.!....

—Si señora, ese es mi titulo, que desde hoy puedo volver á llevar.

—Angelina es digna de ostentar en su frente una corona, murmuró lentamente: mi padre accederá á esa union: puede V. contar con su palabra desde ahora.

No quise abusar mas y me levanté para retirarme.

Ella me tendió su mano que yo estreché en silencio.

Iba á salir cuando me acordé del pobre Julio, que se hallaba calenturiento y desesperado.

—Señorita, dije, disculpe V. ante su padre á uno de sus dependientes que hoy se halla enfermo, muy enfermo.

—¡Julio! preguntó ella rapidamente, Julio!

—Sí, no ha podido salir de su cuarto, yo le sentí, le he observado toda la noche y se...

—Yoruego á V. que le diga en nombre mio, que puede estar tranquilo, que yo misma daré la orden para que nada le falte, y que despues....

Ví que vacilaba y no quise esperar sus últimas palabras.

Cuando salí, me detuve un instante en la antesala y la oí sollozar murmurando.

—Dios mio, bendecid mi sacrificio y hacedle feliz!

Al dia siguiente Angelina estaba á su lado, y yo seguro de ser su esposo.

Pero esta carta es ya demasiado larga y debo terminarla, ¿á que entrar en mas detalles si seba que voy á ser feliz?

A Dios María y ruegale por tu amante hermano.

*Fabian.*

Continuará,

Enriqueta Lozano de Vñchez,

GRANADA:—Imprenta de La Madre de Familia.